

# *Madrid, de Villa a Metrópoli. Las transformaciones del siglo XX*

JESÚS A. MARTÍNEZ MARTÍN  
Departamento de Historia Contemporánea (UCM)

## **RESUMEN**

En este estudio se realiza un balance de las transformaciones protagonizadas por Madrid durante el siglo XX, en su morfología urbana y en sus aspectos sociales, económicos y culturales, con la columna vertebral de la modernización. En términos generales, Madrid ha cambiado radicalmente su fisonomía urbana, su papel económico y cultural, y las características sociales y políticas con las que se incorporaba al siglo XX. A principios de siglo un Madrid modesto económica y demográficamente, distanciado de otras capitales europeas y con la dignidad de su rango poco ajustada a la realidad, poblada de cortesanos, empleados y rentistas, fue cambiando su papel hacia una ciudad productiva de industrias y servicios tejidos al mercado nacional con sus comunicaciones. También empezó a estar habitada por una población heterogénea vinculada a los cambios económicos, que ha visto reordenarse poco a poco la ciudad buscando el carácter representativo y moderno de su capitalidad. Una ciudad cerrada urbanísticamente en sí misma, con síntomas de quietud, que ha adquirido durante el siglo XX el carácter dinámico y abierto de las modernas metrópolis occidentales.

## **ABSTRACT**

This study presents a balance of the transformations of Madrid into its urban morphology and its social, economic and cultural aspects with the basic of modernization during the XX century. Generally speaking, Madrid has radically changed its appearance, its economic and cultural role and the social and political features it had at the beginning of the century. At this time, Madrid was a town economic and demographically modest, widely separated from other european capitals and with the dignity of its status not much adapted to the reality. It was inhabited with

courtiers, employees and the rentiers. However, Madrid was changing its role towards a productive city with industries and services interweaved to the national market with its communications. In addition to that, Madrid had an heterogeneous population linked to the economic changes. This population has seen the realignment of the city looking for the representative and modern character of the condition of Madrid as a capital. A city closed its the urban space and with signs of stillness wich has acquired the dinamic and opened character of modern metropolis in the XX century.

Corría el año 1887 y Galdós ponía en boca de sus personajes de *Fortunata y Jacinta* los cambios que se estaban produciendo en la ciudad<sup>1</sup>. La vieja ciudad liberal, con su carácter preindustrial, poblada de nobles y ociosos, de rentistas y artesanos, de pretendientes y servidores, entraba en crisis poco a poco. Su espacio y sus funciones se veían incapaces de alojar una nutrida corriente migratoria, mientras las transformaciones económicas y sociales empezaban a asignar a Madrid una fisonomía bien distinta. La remodelación del caso viejo y el Ensanche habían dejado una ciudad dislocada, con unos planes superados y agotados para cualquier remodelación racional del espacio urbano.

Dos décadas antes, en 1869, precisamente la época en la que Galdós situaba las vivencias de los personajes de la novela, Fernández de los Ríos, político progresista, y unos de los intelectuales e ideólogos del urbanismo más lúcidos del siglo, escribía su *Futuro Madrid*. Con el entusiasmo de una revolución puesta en marcha proponía grandes reformas de todo tipo para la ciudad y daba un paseo imaginario por ella en el futuro inmediato de cinco años. Fernández de los Ríos retrataba la situación degradada de Madrid, como punto de partida histórico para argumentar la necesidad de su plan general de reformas con las siguientes frases:

«De esta ocasión depende que Madrid pueda ser digna capital de España o que se la condene a no salir de lo que es, un pueblo de empleados, sin condiciones agrícolas, ni industriales, ni locales, ni higiénicas, ni amenas para constituir una gran ciudad» (...) La verdad es que Madrid se halla muy por bajo de las que debía ser capital de la nación española (...) Madrid, ni debe ni puede contentarse con la triste condición de pueblo casi exclusivamente consumidor, dependiente de vida prestada que le da la residencia del Gobierno central (...) Si Madrid se propone no salir de lo que es, menguada cabeza de

---

<sup>1</sup> Pérez Galdós, Benito: *Fortunata y Jacinta* Madrid, Cátedra, 1999. 2 vols. Edición de Francisco Caudet.

España, pueblo de empleados y especuladores políticos pendientes del maná del presupuesto, falta de toda industria y de todo comercio sólido, ciudad desapacible excluida del itinerario de los que viajan por Europa»<sup>2</sup>.

Y postulaba las urgencias de un ambicioso y utópico proyecto<sup>3</sup>, en un plazo muy corto, que resumía los anhelos del momento por convertir Madrid en una metrópoli y en una digna capital como sus dos grandes objetivos:

«Supongamos que la revolución no es para la patria un pronunciamiento más; supongamos que, por primera vez, la capital de España se encamina a ser digna metrópoli de una gran nación; supongamos que los resultados de la exclaustración, la desamortización y las reformas con ellas enlazadas no se malogran esta vez; supongamos que el plan que acabamos de desarrollar, ciudando de pedir, no sólo lo posible, sino lo fácil; no sólo lo económico, sino lo gratuito, se lleva a cabo en su mayor parte; supongamos en fin, que el mundo ha envejecido, no un siglo, sino un lustro, y concédanos el lector un resto de atención para acompañarnos con ella en un paseo imaginario por la villa, dedicado a contemplar cómo se desarrolla en esos cinco años el cuadro del Futuro Madrid»<sup>4</sup>.

Un siglo después de las impresiones noveladas de aquellos primeros cambios, y de las esperanzas utópicas abiertas por la revolución del 68, las transformaciones de la ciudad, culminando una larga trayectoria, han sido de gran envergadura y de mayor rapidez, en una dinámica de crecimiento económico, extensión urbana y transformaciones sociales que adjudican a la ciudad la

---

<sup>2</sup> Fernández de los Ríos, Ángel: *El Futuro Madrid, paseos mentales por la capital de España, tal cual es y tal cual debe dejarla transformada la revolución*, Barcelona, Los Libros de la Frontera, 1975, pp. 15, 18, 307 y 351.

<sup>3</sup> «Urge en sumo grado que cambie el aspecto de Madrid en el momento en que cambia la condición de España (...) Deje descentralizadas las funciones oficiales de Madrid; lleve la vida a la circunferencia; despeje el suelo de lo que deba servir de paso a nuevas plazas, nuevos *squares* y calles; aumente el valor de la propiedad nacional; ponga las primeras piedras en lo que pide la condición moral y material del pueblo; deje roturadas y preparadas para inmensos plantíos de árboles las cercanías de la capital, y habrá hecho bastante para tener asegurado el reconocimiento de esta generación y más aún el de las venideras. (...) Faltas hay que pueden y deben remediarse: la de grandes vías, espaciosas, directas y niveladas, la de *squares* y plazas en todos los barrios, más necesarias en Madrid que en ninguna otra capital; la de elementos que den vida a la circunferencia y deshaoguen el centro; la de una transformación completa de todo el terreno comprendido en la zona de ensanche; la de inmensos plantíos en todas las cercanías; la de mercados y lavaderos públicos; la de barrios económicos, y otras muchas...». *Ibid.*, p. 18-19.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 331.

vítola de metrópoli moderna, desarrollada y europea para entrar en el siglo XXI. Durante el siglo XX Madrid ha recorrido la senda de la *modernización*, aupándose a la categoría de las capitales de Estados occidentales desarrollados. Es en este sentido en el que puede hablarse del *siglo de Madrid*, al haber acertado distancias con las características de otras capitales europeas, en ese proceso de modernización entendido como una aceleración cuantitativa y constante, que ha conducido a transformaciones cualitativas haciendo irreversible su entrada en la sociedad industrial, con sus implicaciones productivas, espaciales, sociales y culturales.

Un balance de Madrid durante el siglo XX exige la definición en el tiempo de etapas distintas que han alimentado el devenir de la ciudad hasta configurar su imagen actual. Pero un balance de Madrid requiere como perspectiva de comprensión las pautas metodológicas de la *historia urbana*, el espacio de la ciudad y sus transformaciones como marco del devenir social de las gentes que lo habitan y que a su vez transforman el entorno urbano. Más allá de la historia local, se trata metodológicamente de un análisis de microhistoria, un espacio físico limitado donde se desenvuelven los agentes sociales, las transformaciones económicas y demográficas, las aspiraciones y realidades políticas, las pautas de sociabilidad cultural<sup>5</sup>. Una perspectiva que establece la relación entre los fenómenos históricos y la construcción de la ciudad, bien desde el análisis de esos fenómenos económicos, sociales, culturales y políticos en la ciudad, o bien partiendo de las transformaciones espaciales y su vinculación con los acontecimientos históricos, pero en todo caso como producto social y no sólo como marco espacial. De ello se deduce una interpretación, por parte de la *historia urbanística*, de la ciudad del presente a partir del proceso histórico en que se ha construido y los mecanismos que han intervenido de carácter social, económico, político<sup>6</sup>.

En este largo período de transición del siglo XX, entre Villa y Metrópoli, entre Corte y ciudad moderna, se pueden distinguir cuatro etapas. Entre 1900 y 1936 la ciudad experimentó los primeros síntomas de modernización que quisieron resumir los proyectos del *Gran Madrid*, con propuestas de racionalización en claves de metrópoli, el cambio de su papel económico como espacio industrial y de servicios con la centralización financiera, y el intento de adecuación a su dignidad de capital del Estado. La guerra civil abrió una brecha que rompió la ciudad, con unas consecuencias difíciles de taponar, que la hizo entrar en un letargo caracterizado por la retórica de *capi-*

---

<sup>5</sup> Bahamonde, Ángel: «La historia urbana» en Fusi, Juan Pablo: *La historia en el 92*, Madrid, *Ayer*, n.º 10 (1993), pp. 46-61.

<sup>6</sup> Sobre este debate Álvarez Mora, Alfonso en «Problemas de investigación en historia urbanística», pp. 83-102 *Historia urbana*, 1 (1992).

tal imperial y una imagen asociada al centralismo, donde la autarquía y los viejos componentes preindustriales dotaban a la ciudad de un aspecto de quietud. Mediada la década de los años cincuenta, y sobre todo desde la década siguiente, la ciudad cambió espectacularmente para convertirse en una desordenada metrópoli que absorbía rápidamente población, con un entorno de barriadas y municipios densamente poblados y ausentes de cualquier racionalidad de expansión y dotación de servicios, en el contexto de una acelerada industrialización. En los años setenta, la crisis económica y las transformaciones del Madrid democrático marcaron el inicio de una cuarta etapa dominada por la expansión de la ciudad, con su ritmo vertiginoso de transformaciones económicas y sociales que desde los años ochenta ha redefinido la ciudad y su entorno, como una gran metrópoli, mientras se buscaban las señas de identidad de un Madrid tradicional ahogado por la modernización<sup>7</sup>.

Entre 1880 y 1936 la sociedad madrileña experimentó un continuo diálogo entre las transformaciones que la encaminaban por la vía de la modernización, pero sin desprenderse de algunos elementos propios de una sociedad tradicional. Cambios demográficos, económicos y sociales que empezó a protagonizar la ciudad y que se hicieron más visibles con los primeros compases del nuevo siglo.

En las dos últimas décadas del siglo XIX dos adelantos fueron especialmente significativos para la ciudad: la extensión de luz eléctrica en el espacio urbano y la culminación de un red ferroviaria que conectaba Madrid de forma radial con el conjunto del país. Ambos fenómenos fueron puestos en

---

<sup>7</sup> Una visión general en la obra colectiva: Fernández, A. (Dir.): *Historia de Madrid*. Madrid, Editorial Complutense, 1993, sobre todo los aspectos urbanísticos en Rueda, José Carlos: «El desarrollo de la ciudad y la política urbanística», pp. 579-602, los aspectos económicos en Nielfa, Gloria: «La economía madrileña entre 1900-1940», pp. 665-680 y Méndez, Ricardo: «La economía de Madrid en el último medio siglo», pp. 681-696, y aspectos sociales en Sánchez Pérez, Francisco: «La sociedad madrileña», pp. 647-664. También Bahamonde, Ángel y Otero, Luis Enrique: «Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana», en Fusi, Juan Pablo (Dir.): *España Autonomías*. Madrid, Espasa-Calpe, 1989, especialmente, pp. 585-617; y Juliá, S., Ringrose, D. y Segura, C.: *Madrid, historia de una capital*. Madrid, Alianza, 1994, sobre todo Juliá, Santos: «Madrid, capital del Estado», pp. 253-470. Sobre aspectos urbanísticos Terán, Fernando: *Planeamiento urbano en la España contemporánea, 1900-1980*. Madrid, Alianza, 1982 y Ruiz Palomeque, Eulalia: *Ordenación y transformaciones urbanas en el casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX* Madrid, CSIC, 1975. Sobre aspectos económicos y sociales Bahamonde, A.; Martínez, J. A.; Rey, F. del: *La Cámara de Comercio e Industria de Madrid. Historia de una institución centenaria, 1887-1987*. Madrid, Cámara de Comercio e Industria, 1988; García Delgado, José Luis: «La economía de Madrid en el marco de la industrialización española» en Nadal, Jordi; Carreras, Albert (Dir.): *Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX)*, Barcelona, Ariel, 1990, pp. 219-258.

marcha en los años cincuenta pero despuntaron con los últimos años del siglo. Iluminada en el interior y conectada con el exterior, la ciudad se disponía a dar el salto cualitativo desde una Villa donde tenía su residencia la Corte a una metrópoli moderna en un periplo de cien años. Aunque los primeros ensayos de luz eléctrica en Madrid se remontan a diversos ensayos en 1852 —Patio de Armas de Palacio Real, Circo de Madrid de la calle Barquillo— fue a finales de la década de los años setenta y durante la década de los ochenta cuando la luz eléctrica empezó a cuajar en el espacio urbano. En 1878 se introdujo el alumbrado público eléctrico en la Puerta del Sol, y en 1882 tres experiencias en el Parterre del Retiro, en la calle de Alcalá entre Sol y Sevilla y en el Palacio de Buenavista, hicieron que la energía eléctrica, distribuída desde fábricas centrales, con la creación de compañías, se extendiese por la ciudad, y por sus cafés y teatros. Según una estadística de 1901 existían ya en Madrid 33 fábricas, con una potencia en la capital de 38. 600 kilowatios y un alumbrado público con 100 lámparas incandescentes y 206 de arco voltaico, lo que consolidaba la luz eléctrica, en detrimento del gas. Con el cambio de siglo ya no aparecía como un fenómeno curioso sino que se había incorporado al paisaje urbano y a la vida cotidiana de la ciudad<sup>8</sup>.

También la electricidad se acopló al tejido industrial en ciernes, para impulsar uno de los sectores punta de la industria madrileña. Y a los transportes públicos que conectaban una ciudad rápidamente esparcida y de forma irregular, con tranvías eléctricos que desde 1898 fueron sustituyendo los tranvías de caballos y los de vapor puestos en funcionamiento casi treinta años antes. El ferrocarril, por su parte, había ido cambiando desde 1851 el papel de una ciudad hasta entonces aislada para transformarla como centro de comunicaciones y como base de un impulso industrializador en el centro del mercado nacional. Entre 1881 a 1929 quedó plasmado en Madrid la mejora, modernización y nueva construcción de estaciones y líneas, con un trazado que ha llegado hasta la actualidad, y en su interior el plan de enlaces ferroviarios norte-sur. Auge del ferrocarril, con un aumento vigoroso del tráfico de personas y mercancías, que estimuló un desarrollo industrial condicionado en sus emplazamientos alrededor de vías y estaciones<sup>9</sup>.

En estas décadas de cambio de siglo se adivinaron igualmente otro conjunto de transformaciones que protagonizaría la ciudad. El aluvión migrato-

---

<sup>8</sup> García de La Infanta, Jose M.<sup>a</sup>: *Primeros pasos de la luz eléctrica en Madrid y otros acontecimientos*. Madrid, Ediciones Fondo Natural, 1886, pp. 24-25 y 89-90.

<sup>9</sup> González Yanci, M.<sup>a</sup> Pilar: *Los accesos ferroviarios a Madrid. Su impacto en la geografía urbana de la ciudad*. Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1977.

rio fue intenso<sup>10</sup>. Según fuentes censales, Madrid tenía en 1900, 539. 835 habitantes. Cifra que expresaba la atracción de la ciudad multiplicada en las últimas décadas del siglo —en 1877 contaba con 397. 816 habitantes—, pero modesta en comparación con otras ciudades europeas, como Londres con 7 millones, París cerca de tres o Berlín con dos. El crecimiento con el nuevo siglo fue imparable al calor que adquirían las transformaciones económicas de Madrid. En 1910 la población rozaba los seicientos mil habitantes y en 1920 llegaba a los 750.000 para situarse en 1930 en 954. 832 habitantes, lo que significaba casi duplicar su población en treinta años. Los cambios también fueron cualitativos, al romperse el ciclo demográfico antiguo y despertar un nuevo modelo demográfico caracterizado por la caída de las tasas de mortalidad y el mantenimiento de las de natalidad, aunque el crecimiento siguió estando nutrido sobre todo a base de la corriente migratoria más que al crecimiento vegetativo interno<sup>11</sup>.

En las últimas décadas del siglo las ciudades europeas y de Estados Unidos, en continuo crecimiento, se habían convertido en el símbolo de los nuevos tiempos, como se ha puesto de manifiesto en el ejemplo de la Viena fin de siglo y la configuración de la ciudad moderna con sus valores políticos y culturales<sup>12</sup> El crecimiento de las ciudades fue acompañado de cambios cualitativos, al ser consideradas como el espacio físico y emblemático en el que se desarrolló la nueva sociedad industrial. En Madrid se empezaron a romper las pautas tradicionales de comportamiento y las costumbres, aunque

---

<sup>10</sup> A principios de siglo XX una guía de la ciudad relatava el enorme trasiego de personas como consecuencia de la llegada de gran número de visitantes:

«La confusión que hay siempre en las estaciones de Madrid a la llegada de los trenes, puede desconcertar al viajero que no esté acostumbrado a ella. Los *ganchos* de hoteles y fondas, los cocheros, los mozos de cuerda y otra clase de personas le acosarán con sus ofrecimientos, tratando de arrebatarle de las manos los bultos que en ellas lleve y pidiéndole el talón para sacar el equipaje. (...) El hospedaje en Madrid es fácil en épocas normales; pero no lo es tanto en tiempos de gran concurso de forasteros...».

Y sobre su alojamiento y comida para los que contaban con escasos recursos:

«Hay en Madrid muchas familias decentes que admiten algún huésped que les ayude a levantar las cargas domésticas. La vida que el forastero hace en estas condiciones es puramente familiar (...).

Los forasteros de menos recursos pueden comer en las tabernas que hay en todas las calles o en las casas de comidas para obreros, que también abundan en Madrid. En estos establecimientos se sirve cocido a la española desde 50 céntimos...». Hipánico *Guía-Manual del Forastero en Madrid*, 1902 (Ed. facsimilar E y P libros Antiguos, 1995), pp. 10-12.

<sup>11</sup> Fernández, Antonio: «La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico» en Bahamonde, A.; Otero, L. E.: *La sociedad madrileña durante la Restauración 1876-1931*. Madrid, Comunidad de Madrid, 1989.

<sup>12</sup> Shorske, Carl. E.: *Viena, fin de siècle. Política y Cultura*. Barcelona, Gustavo Gili, 1981.

siguiera subsistiendo la ciudad de servicios políticos tradicionales que prolongaba en su estructura y morfología un núcleo urbano de Antiguo Régimen.

Como en Europa, Madrid aumentó su ritmo, con un dinamismo mayor en el contexto de la idea de progreso. En la ciudad, las concepciones del tiempo, del movimiento y del espacio cambiaron como consecuencia de los adelantos técnicos aplicados a la ciudad y a la vida cotidiana de sus gentes. Una lenta socialización real de los inventos que adjudicó la idea del progreso sin límites, materializada en las lámparas eléctricas, los transportes mecanizados, la telegrafía sin hilos, o los primeros coches movidos por combustión interna como símbolos de la nueva era. La caja de resonancia de la nueva sociedad fue una prensa de información que multiplicó sus tiradas, para una ciudad como Madrid que se convertía en un foco de atracción cada vez mayor de la intelectualidad y adquiría visos de capitalidad cultural. La mentalidad tradicional y los nuevos esquemas que la industrialización incorporaba convivieron durante mucho tiempo, y trabajosamente alumbraron una nueva síntesis cultural proyectada a lo largo del siglo.

Mientras, en su morfología urbana, a finales de siglo el Ensanche había quedado limitado por la especulación, la subida de precios y por una concepción de la ciudad cerrada en sí misma, concéntrica y sin articular con el territorio próximo, con lo que se crearon grandes vacíos en el norte, este y sur del Ensanche y una extensión discontinua del extrarradio más allá de sus límites, sin planificación alguna con núcleos populares muy degradados y plagados de emigrantes como Tetúan, Prosperidad o Guindalera.

Durante el primer tercio de siglo el urbanismo, como una categoría teórica que estudia y planifica la ciudad, fue más allá de los problemas cuantitativos de crecimiento de la ciudad y de la congestión del centro, para plantearse la *ciudad moderna*, es decir las nuevas pautas y tensiones de las transformaciones demográficas y sociales derivadas del proceso de incipiente industrialización, con su especialización funcional y social, para inscribirse en un marco de planeamiento a partir de las relaciones de la ciudad con su entorno próximo. Es la idea de *metrópoli*, sobre la que se proyecta una perspectiva técnica de planificación y coordinación privada e institucional con resultados siempre limitados<sup>13</sup>.

El problema central, una vez agotada la idea de Ensanche, era el extrarradio y el crecimiento de una periferia sin control, con una larga secuencia de proyectos, cuya realidad quedaba atravesada no por problemas técnicos, sino políticos y sobre todo sociales. El problema urbano de la ciudad moder-

---

<sup>13</sup> Alonso Pereira, José Ramón: *Madrid. 1898-1930. De Corte a Metrópoli*. Madrid, Comunidad de Madrid, 1985.



na era también un problema social, el de las gentes que ocupaban esos espacios irregulares, mal dotados y de miseria, así como el tejido de de pauperismo en el propio centro de la ciudad<sup>14</sup>.

En el interior, con el cambio de siglo se hacía patente la necesidad de reordenación de la estructura urbana, sobre todo impulsado por el discurso higienista<sup>15</sup> y la necesidad de descongestionar el centro, con calles y viviendas agolpadas y presas del hacinamiento, desacoplado con las nuevas actividades económicas que la ciudad fue adquiriendo. En la forma de entender la ciudad planeaba la filosofía del *gran bulevar* que organizara la ciudad racionalmente y disipara las tensiones sociales, económicas y demográficas del último tercio de siglo, como se había puesto de manifiesto en el París ordenado por Haussmann. Pero todo quedó sujeto en Madrid a intervenciones puntuales con el debate y la polémica que se abrió con la Gran Vía, atravesando el viejo caserío y concluyendo en una avenida quebrada, para alojar servicios y con una concepción monumental, pero sin consenso, aquejada de dificultades de financiación y con un organigrama próximo de calles y plazas sin modificar. La Gran Vía había cortado por lo sano el viejo caserío de plazas y callejuelas<sup>16</sup> sin que hubiera dejado de ser una intervención limitada

---

<sup>14</sup> Pío Baroja reflejó este ambiente a principios de siglo con su descripción de La Corrala:

«Era la Corrala un mundo en pequeño, agitado y febril, que bullía como una gusana. Allí se trabajaba, se holgaba, se bebía, se ayunaba, se moría de hambre; allí se construían muebles, se falsificaban antigüedades, se zurcían bordados antiguos, se fabricaban muñecos, se componía porcelanas rotas, se concertaban robos, se prostituían mujeres. Era la Corrala un microcosmos; se decía que, puestos en hilera los vecinos, llegarían desde el arroyo de Embajadores a la plaza del Progreso; allí había hombres que lo eran todo, y no eran nada: medio sabios, medio herreros, medio carpinteros, medio albañiles, medio comerciantes, medio ladrones. Era, en general, toda la gente que allí habitaba gente descentrada, que vivía en el continuo aplanamiento producido por la eterna e irremediable miseria (...) Vivían como hundidos en las sombras de un sueño profundo, sin formarse idea clara de su vida, sin aspiraciones, ni planes, ni proyectos, ni nada.» Baroja, Pío *La Busca* Madrid, Salvat, 1969, pp. 69-70.

<sup>15</sup> Fue a principios de siglo cuando Philip Hauser publicó su *Madrid desde el punto de vista médico-social*. Madrid, 1902, 2 vols.

<sup>16</sup> «La Gran Vía tiene desde la calle de Alcalá a la Plaza de España, es decir, en los tres primeros trozos, 1.315 metros y ocupa una superficie de 141.150 metros cuadrados, de los cuales 101.409 fueron propiedades particulares expropiadas. Los cuarenta mil cien metros restantes eran ya vías públicas del viejo barrio madrileño. Han desaparecido en el ensanche 311 casas, once parcelas ya desocupadas y 33 solares sin edificar. La Gran Vía provocó la desaparición total de 14 calles y la modificación de 34 laterales que hoy se asoman a ella un poco asustadas. Entre las principales calles desaparecidas figuran las de San Miguel, Jacometrezo, Travesía del Desengaño, Los Leones. Hay otras muchas que perdieron la cola o la cabeza, en virtud de los cual fueron agregadas a las inmediatas. Y desaparecieron además edificios que tenían fisonomías populares a principios de siglo». Cabezas, Juan Antonio: *Madrid*. Barcelona, Destino, 1954, pp. 96-99.

y ajena a la comprensión de la ciudad en su conjunto. Por otro lado, en 1895 se había iniciado la construcción de la Ciudad Lineal diseñada por Arturo Soria, en el contexto del urbanismo que reclamaba la integración de la ciudad con la naturaleza, y apostaba por las ciudades jardín con una extensión horizontal animada por espacios verdes, servicios y transportes adecuados. Fue una aspiración rápidamente superada.

La necesidad de un Plan General que, con la participación del ayuntamiento articulara el centro, con el ensanche y la periferia y resolviera el caos urbanístico, dió lugar a varias iniciativas, como las de Nuñez Granés primero, y el Plan General de 1923, el proyecto Zuazo-Jansen de 1929 y el Plan de Extensión de 1933 después. En todos ellos asomó como filosofía la distribución zonal, la acción coordinada con otros municipios y la implicación del ayuntamiento y el Estado en su proyección y financiación. Las propuestas de los años veinte situaron en la trama urbana y su configuración las ideas y el papel de Madrid en el conjunto nacional: nudo radial de comunicaciones, que en el interior se vertebraría con el eje sur-norte de la Castellana<sup>17</sup>, el centro concebido como *city* de los negocios y servicios, y sobre todo la definición política de la ciudad en términos de representatividad y funcionalidad de capital del Estado<sup>18</sup>.

En los años treinta, en forma de proyectos más que de realidades escasamente colmadas en la práctica y abortadas por la guerra civil, se diseñaron algunas líneas maestras después retomadas e impulsadas: la prolongación del eje central sur-norte por la Castellana, con la desarticulación de un paisaje palaciego sustituido con el emblema económico de las sedes de compañías y con el emblema político de los Nuevos Ministerios, los enlaces ferroviarios subterráneos, y los planes de acceso a Madrid en relación con su entorno metropolitano próximo a base de núcleos satélites.

Los numerosos proyectos, estudios y planes de urbanización siempre fueron por detrás de la realidad demográfica y del crecimiento espontáneo de la ciudad. El extrarradio siguió siendo fue el centro de las preocupaciones al ser un espacio en continuo crecimiento desordenado entre el ensanche decimonónico y el término del municipio, pero en la concepción del crecimiento de Madrid se situaba ya la relación con otros municipios limítrofes, en claves de anexión o coordinación, es decir con un entorno con el que a partir de entonces tendría que vincularse de una forma integrada.

---

<sup>17</sup> Rueda, José Carlos: «El eje Prado-Recoletos-Castellana. Espacio social de prestigio de las elites urbanas y espacio de manifestación pública en el Madrid de inicios de siglo» en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. Tomo XXX (1991).

<sup>18</sup> Sobre la nueva concepción del urbanismo en Sambricio, Carlos: «Las promesas de un rostro: Madrid, 1920-1940. De la metrópoli al Plan Regional» en *Madrid, urbanismo y gestión municipal, 1920-1940*. Madrid, 1984, pp. 19-80.

Mientras, el problema de carestía de la vivienda y una oferta inmobiliaria que no absorbía el notable volumen de emigrados sobre todo en el extrarradio, quedó sujeto a la política de *casas baratas*, con la promoción de suelo por el municipio, y que tuvo su versión legal en una ley de 1921 que pretendía la construcción de barriadas económicas al calor de las grandes vías de comunicación, a modo de núcleos autónomos en servicios, pero que en la práctica tuvo resultados muy limitados. La política y la legislación de *casas baratas* permitió una mancha salpicada sin orden de barriadas obreras desprovistas de servicios y alimentadas por una nómina cada vez mayor de trabajadores industriales y de emigrados en expectativa de oportunidades.

Así, con el primer tercio del siglo la sociedad tradicional madrileña entró en crisis, sin abandonar características tradicionales, en medio del primer despegue industrial<sup>19</sup>. Madrid se configuró como la capital de las finanzas del capitalismo español, con la sede de grandes bancos nacionales —y el nuevo paisaje que dieron al centro de la ciudad—. La *city* financiera madrileña había formado lentamente un *triángulo financiero*, cuyos tres vértices eran el Ministerio de Hacienda, el Banco de España y el edificio de la Bolsa. Los lados de este triángulo se poblaron de bancos e instituciones de crédito que fueron sustituyendo otros establecimientos comerciales: «La historia del emplazamiento de muchos Bancos podría empezar así: «en principio era un café...»<sup>20</sup>. También se alojó una larga nómina de domicilios empresariales, compañías de seguros, oficinas... que impulsaron la terciarización, y un buen número de empresas bajo la fórmula de sociedades anónimas, tantas como la mitad de las existentes en el país. Y, con ello, en Madrid se instalaron los hombres y las familias más pujantes de la elite

---

<sup>19</sup> García Delgado, José Luis: «Madrid en los decenios intraseculares. La economía de un naciente capital moderna» en García Delgado, José Luis. (ed.): *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios intraseculares*. Madrid, Siglo XXI, 1992.

<sup>20</sup> «Cierran este perímetro de prestigio bancario el primer tramo de la calle de Alcalá (arrancando de la céntrica y decimonónica Puerta del Sol), el Salón del Prado y la Carrera de San Jerónimo (...) pero volviendo a la calle de Alcalá madrileña, en ella encontramos entre los números 3-9 (Ministerio de Hacienda) y el número 50 (Banco de España), instalados numerosos centros bancarios, como el Banco Español de Crédito, 1; el Hispano Americano, 8; el Zaragozano, 10; el Bilbao 16; el Rural y Mediterráneo, 17; el Español de México, 20; el de Levante y el Vitalicio de España, 21; una agencia del Exterior de España, 24; el Popular Español, 26; el Mercantil e Industrial, 31; el Santander, 37; el Europeo de Negocios, 40; el Nacional de Comercio, 40; Exterior de México, 42; el Vizcaya, 45; el Pastor, 46; el Urquijo, 47; y el Central, 49. (...) Todos estos Bancos se han instalado aquí, detrás del Banco de España (...). La calle de Alcalá es una calle bancaria. (...) Puede decirse que la dedicación bancaria de esta calle arranca de la primera guerra mundial». Sanz García, José María: *Madrid. «capital del capital español»*. Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1975, pp. 330-331.

económica nacional, más próximos ya a los valores empresariales que al rentismo decimonónico.

Madrid, al calor de un proteccionismo en materia financiera que desplazó a las entidades foráneas, se convirtió en *capital del capital español*. En 1922 se ubicaban en la ciudad 17 grandes bancos, constituidos sobre todo desde 1915, que absorbían el 40 por cien aproximado de los recursos totales de la banca nacional, caracterizada por la expansión geográfica y la diversificación de su cartera en la política inversora. Desde Cataluña hasta Andalucía pasando por la cornisa cantábrica, una cadena de sucursales aseguraron la recogida de excedentes centralizados en Madrid. Una banca que también se orientó hacia los valores industriales, participación que se convertía en iniciativa empresarial en el sector eléctrico. El efecto multiplicador de esta expansión bancaria colaboró activamente en la ampliación del sector servicios. *Terciarización* de la economía en contraste con la hipertrofia estructural que había definido a un sector servicios decimonónico alejado del tejido económico productivo. Los empresarios, gestores y banqueros empezaron a sustituir a rentistas, prestamistas y administradores del siglo anterior, en un contexto de iniciativa privada y proteccionismo estatal que impulsó la modernización económica, representada por el emblema del sector eléctrico o los transportes urbanos.

Un proceso de transición económica que presentaba síntomas de modernización con elementos de un mundo anterior y que tuvo su correlato en términos sociales. En el primer tercio de siglo existía en Madrid una sociedad en transición no perfectamente segmentada en clases pero que avanzaba por este camino. Aunque siguió persistiendo con fuerza la vieja ciudad de los oficios y de los pequeños comerciantes, se inició un despegue industrial con presencia de la fábrica como recambio de los talleres artesanales, en actividades como la electricidad y la construcción o los transportes urbanos, como el metropolitano de Madrid, cuya primera línea Sol-Cuatro Caminos se abrió en 1919. Mientras, el minifundismo comercial de pequeños tenderos empezó a ser compartido con un tipo de comercio de mayor alcance y concentración en ramas como la maquinaria, los tejidos o los artículos de lujo.

Las clases medias se ensancharon y se hicieron más heterogéneas, pero todavía con un base escasamente sólida para una sociedad liberal estable, mientras que la ciudad alojaba un nutrido espectro de artesanos y tenderos más cercanos a las capas populares que al mundo burgués propiamente dicho, que junto al trabajador industrial formaban el colectivo *pueblo* que tenderá a segmentarse a lo largo de las primeras décadas del siglo para acabar definiendo la sociedad en términos de clase durante los años treinta<sup>21</sup>.

---

<sup>21</sup> Juliá, Santos: *Madrid 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*. Madrid, Siglo XXI, 1984.

El tejido social tendió a transformarse con la aparición de una clase obrera propiamente dicha a tenor de la industrialización, en su versión proletaria ya autónoma o en su versión de trabajadores de *cuello blanco* vinculados al pujante sector servicios del comercio, el sector financiero o la administración. También se consolidó una clase media profesional ligada a los servicios como gestores en los nuevos tiempos que marcaba la economía de la capital. Configuración económica y social que Santos Juliá ha sintetizado:

«Madrid se convierte así, desde las primeras décadas del siglo XX en centro de comunicaciones y servicios, capital de la industria cultural, sede privilegiada del capital financiero y núcleo de incipiente desarrollo industrial. No, ciertamente, por ningún impetu centralista, del que carece, sino por una especie de movimiento natural que concentra en Madrid, ahora en situación privilegiada a proletarios, intelectuales, literatos y artistas, hombres de negocios, capitalistas en el sentido más genuino de la palabra»<sup>22</sup>.

Las transformaciones protagonizadas por la ciudad fueron inseparables del hecho mismo de la capitalidad, en un dinámica alimentada por el diálogo ciudad-capital, pero sujeta a la propia definición y características del Estado y el papel asignado a la ciudad, es decir su función política. Instituciones políticas, dependencias administrativas, tribunales, embajadas, centros militares... configuraban una trama en el paisaje urbano peculiar de la ciudad que las alojaba, además del efecto multiplicador que tenía la capital para atraer instituciones privadas de todo tipo. Pero más allá de los espacios físicos y el lugar que ocuparon en la morfología urbana, la definición política de Madrid como centro de la toma de decisiones había quedado asociada a la trama de la centralización del Estado. Una vocación centralizadora desarrollada por el Estado liberal del siglo XIX y consolidada durante la etapa de la Restauración que, a pesar de los pronunciamientos de descentralización administrativa de las dos primeras décadas del siglo en versión regeneracionista, apuntaló la ciudad como la cúspide de una pirámide estatal contruida de arriba a abajo y articulada sobre un tejido caciquil y clientelar. Sobre esa estructura administrativa se había superpuesto la trama del poder político. Fue en los años treinta cuando el ensayo de Estado integral de la república asignó constitucionalmente a Madrid el estatuto democrático de capital política con todas las dignidades de su representación,

---

<sup>22</sup> Juliá, Santos: «Los orígenes del gran Madrid» en García Delgado, Jose Luis (ed.): *Las ciudades...*, op. cit., p. 425.

planeando la idea de régimen especial en un Estado descentralizado y vocacionalmente federal.

Y la guerra civil de 1936 quedó estancada en Madrid, porque se convirtió en el objetivo prioritario de los sublevados por conquistarla y en el de los republicanos por defenderla. Era un objetivo estratégico y militar, pero derivado de su papel central en las comunicaciones, los servicios financieros, el mercado nacional, y sobre todo como centro neurálgico de los resortes políticos y administrativos, cuya posesión adquiriría toda una carga simbólica en términos políticos nacionales e internacionales. Esta dimensión simbólica se situaba en la lógica del papel que había venido jugando en la configuración del Estado. Y la guerra rompió la ciudad y sus gentes, su espacio quedó desarticulado por un frente enquistado y su población sufrió los rigores de tres años de asedio<sup>23</sup>. El proceso de modernización fue frenado y abortada la lógica de su crecimiento. Vuelta a empezar, entre la retórica oficial de *capital del Imperio*, la penuria de la autarquía y una economía estancada, y la vítola de *bestia negra* del centralismo. Así, la dictadura asignó a Madrid desde 1939 una categoría centralista acorde con la filosofía del nuevo Estado que acentuó el papel de la ciudad como centro de la toma de decisiones y la imagen de los supuestos privilegios de su condición.

En los años cuarenta la reconstrucción de la ciudad perpetuó los viejos problemas, en un ambiente de escasez que contrastaba con la especulación del suelo, y también las viejas propuestas. En el interior de la ciudad el paisaje quedó adobado por el tono imperial que el régimen de Franco le quiso adjudicar, cuyos emblemas fueron la entrada noroeste de la capital con el Ministerio del Aire y el Arco de la Victoria. En 1946 el Plan general de Urbanización diseñado por Pedro Bigador recogía buena parte de las propuestas de los años veinte y treinta, sobre todo los proyectos Zuazo-Jansen y el Plan regional de Besteiro, puesto que lo que se definía era ese marco metropolitano con los municipios próximos y los límites del *Gran Madrid* más allá del extrarradio. Contemplaba una división zonal en cinco grandes cuerpos articulados por los accesos de las comunicaciones viarias y por dos anillos concéntricos, y una serie de núcleos satélites, con espacios verdes que daban discontinuidad al conjunto, además de la culminación del eje norte-sur de la

---

<sup>23</sup> Sobre el Madrid de la guerra civil Martínez, Jesús A.: «Madrid 1936. Una ciudad en guerra». *Hispania*, XLVII/167 (1987), pp. 1027-1063; Aróstegui, J.-Martínez, J. A.: *La Junta de Defensa de Madrid* Madrid, Comunidad de Madrid, 1984; Cervera, Javier *Madrid en guerra*, *La ciudad clandestina* Madrid, Alianza, 1988; Bahamonde, A.-Cervera, J.: *Así terminó la guerra de España* Madrid, Marcial Pons, 1999; Bahamonde, Ángel: «Madrid en la guerra civil» en *Visión histórica de Madrid*. Madrid, Sociedad Matritense, 1990.

ciudad. Entre 1948 y 1950 fueron agregados 28 municipios, en consonancia con el *gigantismo* del régimen. Primero fueron Chamartín de la Rosa, los Carabancheles, Canillas, Canillejas, Hortaleza, Barajas, Vallecas, Vicálvaro, y Fuencarral, que aumentaron la población en 300.000 habitantes, y luego Aravaca y Villaverde. Y después el aluvión migratorio<sup>24</sup>. Este aluvión una vez más desbordó el Plan sobre una ciudad que llegaba a los dos millones a finales de los cincuenta. No sólo las tensiones demográficas, sino también las transformaciones económicas y sociales de la segunda mitad de los cincuenta superaron el Plan. La vocación industrializadora con la que políticamente el régimen entendió la capital, con las consecuencias migratorias, entró en contradicción con un Plan que no había previsto esta nueva situación. La permisividad municipal, la especulación del suelo y la elevación de los precios, con la ausencia de infraestructuras y servicios, hicieron que el aluvión población se tradujera en un caótico panorama urbano. El resultado fue un desparramamiento hacia fuera anulando los espacios verdes previstos y dando una continuidad irracional a lo que había sido concebido como un sistema de unidades separadas.

En ésta época, finales de los cincuenta y principios de los sesenta, pues, se configura el «Gran Madrid» y la inserción de la ciudad en un área metropolitana, pero la realidad de la retórica desarrollista y del mito del gran Madrid<sup>25</sup> llevaba en sus entrañas una absorción, en vez de coordinación espacial, de los municipios próximos sin orden alguno culminando en una colosal segregación del espacio con todas sus dimensiones sociales y zonales. Un norte residencial en contraste con los suburbios del sur y el este, donde se entremezclaban desde barriadas de protección oficial de ínfima calidad, con edificaciones privadas, hasta poblados de chabolas y asentamientos espontáneos (Vallecas, Orcasitas, San Blas, Villaverde...).

El proceso se multiplicó en la década siguiente la calor de la industrialización y la política desarrollista, con una versión cuantitativa del desarrollo, y acentuó el crecimiento caótico, las infraestructuras insuficientes y los equipamientos raquíticos, con la segregación social del espacio en un contexto de especulación el suelo por las inmobiliarias privadas que llevaron la iniciativa aprovechando una administración muy permisiva. El nuevo Plan de 1964 quedó otra vez obsoleto, con el deterioro de la ciudad en su interior y se área metropolitana en el exterior. El Plan General de Ordenación del area metropolitana era, pues, la resultante a remolque de esta realidad desbordada por el crecimiento demográfico y las transformaciones económicas aceleradas, y daba expresión legal al *Area Metropolitana* en una concepción global de pla-

<sup>24</sup> Fernández, Antonio: «La población madrileña en la historia». *Alfoz*, n.º 4 (1983), p. 40.

<sup>25</sup> Simancas V.; Elizalde, J.: *El mito del Gran Madrid*. Madrid, Guadiana, 1969.

nificación<sup>26</sup>. Madrid y su alfoz componían este área de 23 municipios, y dos grandes áreas de industrialización (sur-este) y residencial (noroeste), con zonas descongestión hacia poblados-dormitorio. Fernando Terán ha descrito la situación creada en los años sesenta:

«En 1964 un nuevo Plan General reconocerá el hecho a remolque, tratando de frenar, organizar y descentralizar el nuevo fenómeno metropolitano. Pero carece, como su antecesor, de virtualidad política para oponerse a las consecuencias de la nueva aceleración del proceso de crecimiento inmigratorio, implusado ahora por la política económica de desarrollo a ultranza que impone el Gobierno, y que repercute inevitablemente en concentración de actividades y población, con mínima atención a los aspectos de ciudad ambiental y dotación de infraestructuras y equipamiento. La consiguiente sobrevaloración del suelo dio lugar a nuevas concentraciones masivas de viviendas, a una mayor compactación del centro con operaciones de «renovación» que suponían una transformación ambiental y social, y a la invasión del territorio natural, alrededor de los pueblos del área metropolitana, bien sea por conjuntos de bloques, bien por proliferación de industrias salpicadas, bien por su desparramamiento de urbanizaciones de segunda residencia. (...) Es el momento en que Madrid sacrifica sus espacios urbanos al automóvil y se produce la pérdida de miles de árboles en la ciudad. Una concepción puramente funcional de ésta, basada en una falsa interpretación de la eficacia circulatoria, se corresponde con una maximización especulativa del beneficio en el sector inmobiliario, con la complacencia municipal. Al final de la década la población del municipio pasaba de los tres millones de habitantes»<sup>27</sup>.

Desde 1963 se habían multiplicado las transformaciones de Madrid y su entorno de una forma radical. Es el momento en que se consolidó Madrid como un gran centro industrial, con moderna tecnología y afluencia de capitales extranjeros, y como el primer centro productor y distribuidor del servicios de todo tipo, con un crecimiento económico por encima de la media nacional, y con el consiguiente incremento de su participación en la renta

---

<sup>26</sup> Sobre la definición, marco teórico y delimitaciones del Area Metropolitana, más allá del concepto administrativo o técnico, con fuertes implicaciones sociales, económicas y políticas, véase Vinuesa Angulo, Julio: *El desarrollo metropolitano de Madrid: sus repercusiones geodemográficas*. Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1976, pp. 325 y ss.

<sup>27</sup> Terán, Fernando de: «De Villa a metrópoli, apuntes para una historia». *Alfoz*, n.º 4 (1983), p. 24. Véase también Larrodera, E.: «El Plan General de Ordenación urbana del área metropolitana de Madrid: 1963». *Ciudad y territorio*, n.º 2-3 (1976).



nacional y de la renta per cápita. El Madrid industrial se localizó, siguiendo la lógica anterior, en el sur, a partir de las carreteras de Andalucía y Toledo, y hacia el eje del este, articulado en torno a la carretera de Barcelona y al norte con los polos industriales de Alcobendas y San Sebastián de los Reyes.

Mientras el centro, con la hipnósis desarrollista empezó a sufrir una alarmante degradación, cediendo paso al parque automovilístico en detrimento de los espacios verdes, en una ciudad medida en claves de tráfico rodado con la desaparición de los bulevares y la construcción de pasos elevados. Una versión cuantitativa del desarrollo pendiente del nacimiento que adjudicaría tres millones personas a Madrid y de la matriculación del vehículo un millón, mientras los ejes viarios de comunicación de centro con su extrarradio provocaron el diseño del tercer cinturón de la ciudad, a partir del Arroyo Abroñigal y de las riberas del Manzanares en una construcción inacabada y ya obsoleta en el momento de su inauguración en 1975.

Entre 1960 y 1975, al calor de los cambios económicos, se había transformado la configuración social de Madrid, en su estructura, hábitos y comportamientos. La sociedad de consumo, con sus emblemas en el coche y los electrodomésticos, cambiaron el paisaje y la vida cotidiana de la ciudad y de sus gentes. El ritmo de vértigo, el distanciamiento de la viviendas con los lugares de trabajo, el caos circulatorio y unas costumbres colectivas secularizadas cambiaron la fisonomía de la ciudad. Y, en términos de su estructura social, se produjo el ensanchamiento de unas clases medias heterogéneas, compartiendo pero de forma segregada el área metropolitana con las elites del Madrid residencial y con los trabajadores y desheredados de los suburbios.

El espectacular crecimiento urbano desbordó una vez más, pero ahora de forma multiplicada, las previsiones, y el gran área metropolitana quedó atravesada por barriadas y poblamientos apresurados, carentes de servicios, con un geografía metropolitana salpicada de chabolas, para culminar a partir de los ejes radiales de comunicación con los poblados dormitorio, cuyo crecimiento fue también muy rápido.

Era la otra cara del desarrollismo y de un Madrid que ya no era sólo la ciudad:

«Con los años cincuenta una parte importante de la población rural de la España interior liará el petate y emprenderá el camino hacia otros horizontes (...) Madrid, la capital, será uno de los puntos de acogida preferentes. Siempre, a lo largo de la historia, ejerció un enorme poder de atracción para las gentes de la España interior, pero nunca como hasta ese momento el fenómeno migratorio había alcanzado una dimensión similar (...) oleadas sucesivas de emigran-

tes a la busca de una ocupación, no importa cual, que les aleje del fantasma del hambre. También a la busca de un cobijo, de cuatro paredes y de un techo donde y como sea. A medida que van llegando estas gentes de la emigración rural la ciudad impone sus barreras, procediendo a una selección rigurosa. Son muchos los que se quedan en el cedazo, faltos de recursos, para instalarse mal que bien en las periferias urbanizadas que van creciendo como hongos. Ni hay vivienda para todos, ni todos tienen bolsa suficiente para procurarse alguno de los pisos que las avispadas inmobiliarias del momento siembran a capricho por las parameras del entorno urbano madrileño.

Casi siempre sin trabajo y con las pocas pesetas que han quedado de la venta apresurada de algún objeto de valor, algo de tierra, estas gentes que forman el pelotón de cola del éxodo rural acamparán en la periferia extrema de la ciudad, sobre suelos sin calificación urbanizable, cuyos propietarios han decidido vender o alquilar en microscópicas parcelas, metiendo así ellos también la cuchara en la olla espesa de este Madrid que crece de forma disparatada y terrible. De esta forma por el sureste madrileño van creciendo con rapidez el herpes urbano de la chabola en puntos cuyo nombre, con el tiempo, se convertirán en sinónimos de lo cutre y lo precario: Orcasitas, Palomeras, el Pozo del Tío Raimundo, el Pozo del Huevo, el cerro del Tío Pío... (...).

Están también (...) la población periférica de los barrios centrales, amontonada en esa suerte de chabolismo vertical que constituye el miserable caserío madrileño. La flamante iniciativa privada del sector inmobiliario hizo también lo suyo durante los impagables sesenta para poner su abultado grado de arena, y otro tanto hizo la iniciativa pública amontonando gente en bloques y torres»<sup>28</sup>.

Las características económicas y el dibujo metropolitano creado en estas fechas se ha proyectado hasta la actualidad, con esa ciudad de servicios prolongada hacia el norte residencial y de terciarización y hacia ese cinturón industrial denso del sur y el este.

En los últimos veinticinco años sobre esta situación se desplegó la crisis de 1973 y su impacto sobre el territorio metropolitano<sup>29</sup>. Para empezar por la destrucción de empleos sobre todo de carácter industrial entre esta fecha y 1984 que elevó el paro hasta un 20,25 por cien de la población activa, mientras que las consecuencias para el sector servicios fueron más atenuadas. Pero

---

<sup>28</sup> *Retrato de un chabolista con piso*. Madrid, Revista Alfoz-CIDUR, 1989, pp. 26-27.

<sup>29</sup> Sobre el impacto espacial y social de la crisis, y los términos del conflicto social véase la obra colectiva *La crisis social de la ciudad*. Alfoz-CIDUR, 1988.

también la zona más afectada fue el sur industrial y el corredor del noreste y sus polígonos industriales, en contraste con el norte más ligado a la terciarización que ha caracterizado a la economía metropolitana en los últimos veinticinco años, expandida en el centro y norte de la ciudad con las actividades más desarrolladas y modernas del sector. García Delgado ha descrito este proceso reciente:

«Esa no poco compleja malla industrial madrileña formada en parte muy considerable en los años 60 y primeros 70, es la que ha sufrido el impacto de la crisis que ha presidido el período que forma nuestro presente. Una crisis que también aquí se ha manifestado primordialmente en un silencioso y constante goteo de quiebras y cierres de empresas, al margen de cualquiera oficiales planes y medidas de reconversión. Reténgase este dato: la industria de la capital, que creó entre 1960 y 1974, 120.000 puestos de trabajo, ha perdido 115.000 entre 1975 y 1983. Con todo, la situación adversa no parece haber adquirido en Madrid la hondura que en otros núcleos urbanos e industriales, según los indicadores más usuales. Una sencilla doble razón puede contribuir a explicar plausiblemente la menor repercusión comparativa de la crisis en Madrid; por un lado la propia diversificación de su tejido industrial, y el hecho de que no sean pocas las empresas ahí radicadas con notable potencial innovador tecnológico; y, por otro, la dimensión alcanzada por el sector terciario en la economía de la capital, actuando éste bien como amortiguador, bien como motor de nuevas iniciativas productivas y nuevas oportunidades de empleo»<sup>30</sup>.

La recuperación económica desde 1986 ha afirmado esta tendencia de terciarización sobre todo en el municipio y ha acentuado la segregación espacial y social, entre un sur industrial más obsoleto y deteriorado y un norte donde a los servicios se une un tejido industrial con mayor innovación tecnológica y sectores punta. A esta segregación ha contribuido la especulación inmobiliaria y el *boom* del sector en los últimos quince años.

La crisis económica, el desempleo juvenil, la especulación inmobiliaria, y las transformaciones del centro ha provocado un desplazamiento de la población desde la *almendra central* hacia el exterior, con un pérdida demográfica. Desde 1975 el municipio ha ido perdiendo población que ha pasado a engrosar los municipios de la región. En esta fecha la población era de 3.228.057 habitantes, pasó a 3.158.818 en 1981, se quedó en torno a los tres

---

<sup>30</sup> García Delgado, José Luis: «Madrid en el proceso de modernización de la economía española». *Economistas*, n.º 27 (1987), p. 11.

millones con el inicio de los noventa, para situarse por debajo, 2.886.850 en 1996, mientras la Comunidad de Madrid en su conjunto superaba los cinco millones en última esta fecha. La tendencia, pues, se ha acentuado en la última década con una pérdida entre 1991 y 1996 de 143.642 habitantes, es decir en términos relativos de población un 4,77 por cien. A largo plazo el municipio ha perdido entre 1975 y 1996, pues, 361.207 habitantes, es decir, un 11,19 por cien de su población. En el interior del municipio, las diferencias poblacionales también son patentes. La *almendra central* —distritos de Centro, Arganzuela, Retiro, Salamanca, Chamartín, Tetuán y Chamberí— es la zona de la ciudad que más población ha perdido paulatinamente desde 1975, en que tenía 1.153.730 habitantes para situarse en 915.318, esto es, ha registrado un descenso de 238.412 personas, un 20,66 de población, y sobre todo el distrito de Centro con una pérdida del 36,88 por cien de residentes entre ambas fechas. La *periferia noroeste* —Fuencarral, El Pardo/ Moncloa, Aravaca, Ciudad Lineal, Hortaleza y Barajas— es, sin embargo, una zona de crecimiento desde 1975, sólo frenada en la última década, y en conjunto ha aumentado su población entre 1975-1996 en 36.953 personas, un 5,66 por cien. La *periferia este* —Moratalaz, Villa de Vallecas, Vicálvaro y San Blas— ha sido la zona con menos fluctuaciones con un descenso entre esas fechas del 3,39 por cien, y con un leve incremento en los últimos años en alguno de sus distritos. Y, finalmente, la *periferia sur* —Latina, Carabanchel, Usera, Puente de Vallecas y Villaverde— ha perdido en el mismo período 148.280 residentes, un 13,68 por cien.

El municipio de Madrid, registra, sin embargo, un alta densidad de 4.727 habitantes por kilómetro cuadrado, —en el conjunto de la Comunidad de Madrid es de 625,6 hab./Km<sup>2</sup>—, una de las más altas de Europa. El territorio de la región tiene una extensión urbana muy heterogénea, con notables diferencias y un territorio muy plural, desarticulado y especializado. Trece de sus municipios superan los 50.000 habitantes.

En los últimos años la concentración territorial acusada ha tendido a diluirse, con la dispersión de la población desde el centro hacia el exterior en círculos concéntricos alargados sobre los ejes radiales de comunicación. El crecimiento se ha producido en la corona metropolitana y mucho más en los municipios no metropolitano, a base de una migración interior aportada por el propio municipio de Madrid hacia los asentamientos del noroeste, corredor del Henares, sur y sureste. La desconcentración acelerada del municipio de Madrid, se ha debido a esta expulsión de población, pero también por el descenso de las tasas de natalidad y fecundidad y el envejecimiento de la población. Los límites de la corona metropolitana han quedado obsoletos, con municipios fuera de ella que superan ampliamente los 10.000 habitantes. Ricardo Méndez ha tipificado la evolución de Madrid hacia el modelo de

*metropoli difusa*<sup>31</sup>, con el dinamismo de las periferias metropolitanas, de límites desdibujados y una reestructuración espacial dominada por la migración interna.

El Plan de 1985 rompió con la óptica desarrollista y cuestionó sus efectos demoledores sobre la ciudad, en medio de las consecuencias de la crisis económica. Un Madrid democrático cuyo gobierno de 1979 trató de recuperar las señas de identidad y el carácter tradicional y popular de una ciudad atascada y degradada. Por eso aquel Plan situó los objetivos en la protección y la recuperación de la ciudad<sup>32</sup> La conservación del centro y la detención del caos metropolitano engullido por la especulación y la segregación eran las premisas de la nueva orientación dada al municipio y la región. El final de la década y la última del siglo han reproducido las tendencias anteriores, y el agotamiento del Plan<sup>33</sup>, con un nuevo desarrollismo estimulado por el crecimiento económico, el nuevo *boom inmobiliario* y la especialización terciaria. La segregación espacial, funcional y social se ha acentuado entre el norte y el sur, y un nuevo Gran Madrid que sigue desparramándose en círculos concéntricos y grandes vías de circunvalación, M-40 y M-50.

Una compartimentación funcional y espacial entre el norte y el sur y sureste, tanto en la capital como en la región metropolitana, pero también social con un norte con más renta, mejores condiciones medioambientales e infraestructuras y un sur más deteriorado y sensible a mayores dosis de conflictividad social y situaciones de marginación. La población ha tendido al envejecimiento en la capital y sur cercano, mientras la corona metropolitana ha alojado población joven, y mientras la terciarización de la economía se concentra en la capital y el oeste, junto a una industria más desplegada por el del sur y el Corredor del Henares.

Los procesos de reestructuración social han tenido como eje el empleo, con una nueva clase trabajadora del sector servicios a base de contratación eventual, un incremento de profesionales y empresarios jóvenes, extendiéndose hacia el norte y oeste en urbanizaciones de vivienda unifamiliar, y también de obreros especializados que tienden a habitar nuevos barrios<sup>34</sup>.

---

<sup>31</sup> Méndez, Ricardo: «Crecimiento periférico y reestructuración metropolitana: el ejemplo de Madrid». *Alfoz* n.º 71 (1990), pp. 47-53.

<sup>32</sup> Sobre este aspecto véase Juliá, Santos: «Madrid, capital...», *op. cit.*, pp. 463-469.

<sup>33</sup> Sobre el estudio de un nuevo Plan general en 1993, con una visión metropolitana a base de dos coronas: norte y suroeste-sur-sureste en *Alfoz*, n.º 107 (1994).

<sup>34</sup> La información procede de las publicaciones del Instituto de Estadística de la Comunidad de Madrid:

*Indicadores municipales de la Comunidad de Madrid*. Madrid, 1997; *Padrón Municipal de Habitantes y Estadística de Población de la Comunidad de Madrid*, Madrid, 1996; *Anuario Estadístico de la Comunidad de Madrid* Madrid, 2000; *La Comunidad de Madrid en cifras*.

El municipio de Madrid —*Madrid capital*— está muy lejos de aquel Madrid de principios de siglo, gran receptor de inmigrantes, con el peso de su estructura urbana tradicional y una economía y sociedad de transición que sólo se empezaba a abrir al tejido industrial y de servicios moderno. A finales del siglo XX pierde población —30.000 habitantes netos al año—, y la que tiene con tendencia a envejecer, en un espacio urbano compuesto por edificaciones más bien antiguas, dotado de equipamientos medios, y con viviendas a precios muy elevados, casi siempre destinadas a vivienda principal, y cuyos habitantes disfrutaban de un buen nivel de renta —23 por cien de media de la Comunidad y 18 por cien superior a la media nacional— y estimable grado de formación académica. Su economía está centrada en la terciarización y en una pujante industria de bienes de consumo final y productos culturales. Este perfil socioeconómico está compatimentado a grandes rasgos entre el norte y el sur, con niveles de renta per cápita más elevados en los distritos de Chamartín, Chamberí, Salamanca, Retiro y Moncloa-Aravaca con más de 2 millones, y con menos renta en Vicálvaro y Puente de Vallecas, entre 1,1, y 1,2 millones, y también en Villaverde, Usera, Villa de Vallecas, y San Blas.

En los últimos veinticinco años el conjunto de Madrid y su entorno regional se han transformado espectacularmente en su perfil demográfico y sociológico. Una población que rabasa los cinco millones de habitantes, alimentada en su crecimiento por la propia capital cuya población supone del 56,5 por cien del total de la región. Las altas tasa de nupcialidad y natalidad que la dictadura paseó como emblema de desarrollo, fueron cayendo desde 1975. Los 21,21 nacidos por mil habitantes han pasado a 9,66, indicador acompañado de un retraso en la edad media de la maternidad hasta los 30 años, en relación también con una incorporación más acentuada de la mujer al mercado laboral —37 por cien de población femenina ocupada—. Los matrimonios han disminuido desde los treinta y cuatro mil en 1975 a los veintitrés mil de 1996, con la extensión de la secularización en términos de aumento de matrimonios civiles y de divorcios. La población ha envejecido y ha aumentado la esperanza de vida. Las cifras reflejan también algunas de las otras caras de la modernización, para una población activa que recoge una cifra de desempleo del 16 por cien<sup>35</sup>. En este sentido la familia extensa, y las redes de vecindad y parentesco han matizado la situación de un mercado de trabajo fracturado, la economía sumergida, y la precariedad en el empleo, y ha contribuido a cambiar las pautas de comportamiento de la sociedad madrileña, con esa

---

Madrid, 2000. También Del Castillo Cuervo-Arango, Fernando y Casado Valera, Carlos: *Perfil socioeconómico de los municipios madrileños en los noventa. Una primera aproximación*. (En prensa. <http://www.comadrid.es/iestadis/perfils.htm>).

<sup>35</sup> *Idem*. Véase también «Veinticinco años que cambiaron Madrid». *El País* 3-1-2000.

*familia extensa* que ha actuado de colchón amortiguador de la crisis y de un paro juvenil, el sector más castigado, con la prolongación de la residencia en los domicilios paternos, el retraso de la edad de matrimonio o la incidencia en la caída de la tasa de fecundidad, mientras la marginación ha ocupado las zonas más deprimidas de la metrópoli. Con el siglo que finaliza ha quedado dibujado un Madrid heterogéneo social y espacialmente caracterizado con una dualidad que acrecienta las diferencias económicas sociales y espaciales del norte y el sur.

En términos generales Madrid ha cambiado radicalmente la fisonomía urbana, su papel económico y cultural y las características sociales y políticas con las que se incorporaba al siglo XX. A principios de siglo un Madrid modesto económica y demográficamente, distanciado de otras capitales europeas y con la dignidad de su rango poco ajustada a la realidad, poblada de cortesanos, empleados y rentistas, fue cambiando su papel hacia una ciudad productiva de industrias y servicios tejidos al mercado nacional con sus comunicaciones, habitada por empresarios, clases medias y obreros, y una población crecida que ve reordenarse la ciudad buscando el carácter representativo y moderno de su capitalidad. Una ciudad cerrada urbanísticamente en sí misma, con síntomas de quietud, que ha adquirido el carácter dinámico y abierto de las modernas metrópolis occidentales.

Un balance de las transformaciones de Madrid durante el siglo XX tiene necesariamente que hacer referencia a cuatro grandes ámbitos que han cambiado la fisonomía de la ciudad. En primer lugar, las transformaciones de su morfología urbana a diferencia de cualquier situación anterior, Madrid deja de ser entendida como una ciudad cerrada y comprendida en sí misma, para vincularse con su entorno espacial. Por lo tanto, la problemática de su extensión ha quedado ligada al espacio próximo a partir de las coronas que configuran la idea y la realidad de una metrópoli. En términos urbanísticos, pues, existe un denominador común en la morfología y construcción de la ciudad que recorre el siglo y representa su principal innovación respecto a las centurias precedentes: la proyección de la idea de metrópoli y la necesidad de inserción de la capital con su entorno en claves del proceso de modernización que adivina y desarrolla con los primeros compases del siglo.

En segundo lugar ha protagonizado un proceso de modernización económica caracterizado por la consolidación de un tejido industrial propio y un sector servicios moderno que liga a la ciudad con la articulación del mercado nacional y al crecimiento económico. Una terciarización de la economía que la aleja de la imagen prolongada hasta comienzos de la centuria de ciudad parasitaria y ociosa.

En terminos sociales su carácter se ha transformado desde la imagen de ciudad de cortesanos, empleados, rentistas y servidores, a una ciudad hetero-

génea donde confluyen las elites vinculadas al crecimiento económico, las clases medias que desdibujaron la ciudad popular de los oficios y el pequeño comercio, y las clases trabajadoras resultantes de la industrialización y del sector servicios moderno. Una heterogeneidad social resuelta en una gran compartimentación social del espacio urbano.

El balance invita a resaltar otra peculiaridad y es que la ciudad se mueve a impulsos propios y condiciona la vida campesina. Es la ciudad la que marca la pauta. Es el modo de vida urbano que ha ido desdibujando la *ciudad ruralizada*, simbolizada en los *isidros* y en las *carretas*, con la que se describía Madrid a principios de siglo. Es la ciudad la que a partir de entonces marcó la pauta del mundo rural próximo. Un hilo conductor ha presidido la evolución de Madrid, y ha sido su percepción como espacio de oportunidades por parte de los emigrantes campesinos. A la atracción de la Corte, se unió en el siglo XIX la valoración de la capital como la cúspide del éxito profesional, económico o social, un espacio así concebido por la centralización del Estado liberal. El poder político o el reconocimiento social pasaba por ocupar un hueco en la capital. Pero desde finales del siglo XIX y primeros pasos del siglo XX, el hipotético espacio de oportunidades, a menudo poco colmado en la práctica, se acentuó y amplió las expectativas como centro proveedor de servicios y de una economía que se industrializaba. La ciudad empezó a romper las pautas tradicionales procedentes del ámbito rural, con nuevos perfiles sociales, y con un dinamismo cuyo producto social específico se extendió más allá de sus límites para condicionar la propia evolución del mundo campesino.

El poder de atracción de la ciudad a lo largo del siglo XX ha sido manifiesto. Percibida como espacio teórico de movilidad social, ha creado expectativas, muchas veces no cumplidas, para una población de origen campesino que no encontraba fácil acomodo en un espacio urbano incapaz de absorber racionalmente el tremendo aluvión migratorio. Una y otra vez, quedó desbordado cualquier diseño teórico de remodelación racional de su espacio. La ciudad ha tendido a una especialización de funciones, y a una compartimentación social del espacio, con el nacimiento de barriadas con escasos servicios, cuando no dibujando bolsas de marginación, para alojar a una cohorte de trabajadores eventuales, desempleados y pobres voluntarios, dotando también a la morfología de la ciudad de los tintes sociales negativos propios de la modernización.

Para terminar, una Villa mutada en Corte y dependiente de los pasos de ésta en su papel de capital de la monarquía, ha pasado a una función de capitalidad del Estado con su representación y símbolos correspondientes. Madrid ha acertado distancias como sus homólogas europeas, no sólo en los indicadores económicos y sociales, en las dimensiones demográficas o las



proyecciones arquitectónicas, sino en el papel simbólico de representación del Estado. El siglo XX ha hecho pasar a Madrid de sede de la Corte a digna capital del Estado, con un carácter cosmopolita y multicultural consolidando su emblema de ciudad abierta a los recién llegados y nutrida a base de forasteros.

La transición política y la construcción del Estado democrático han redefinido su función de capital asignada constitucionalmente, y la articulación del Estado autonómico ha reordenado las relaciones con su entorno regional desde la creación de la Comunidad Autónoma de Madrid en 1983, y con el debate de fondo de un posible estatuto de capitalidad. Madrid reúne todos los ingredientes de ciudad moderna, europea y desarrollada para entrar en el siglo XXI, pero ya no es una Villa que se transforma sólo a golpes directamente relacionados con la capitalidad política sino a partir de su propia dinámica de ciudad metropolitana. *El futuro Madrid imaginado por Fernández de los Ríos para convertir Madrid en una gran metrópoli y una digna capital de España no tuvo que esperar el lustro de cambios rápidos que suponía sino más de un siglo de lentas transformaciones que no quería suponer.*